

CAPITULO XXVIII.

Contra quienes ha tenido la Cruz que defenderse.

Desde que la flecha de un persa acabó con la vida y con las persecuciones de Juliano apóstata, la idolatría decaía diariamente. San Ambrosio en su elocuente informe contra Symmaco, refiere los últimos golpes que sufrió; y cuando, á mocion de Teodosio, el senado romano fué convocado á elegir entre Jesucristo y Júpiter, prefiriendo á Jesucristo se resignó la idolatría á sucumbir. La filosofía, su digna aliada, sufrió la misma suerte. Desde el instante en que el poder material cesó de sostenerla, cayó en un estado de languidez, que muy en breve exhaló sus últimos suspiros en la persona de Damascio; y Justiniano cerró sin resistencia las escuelas que ya estaban desiertas.

Pero si el mundo en esa época estaba vencido, no estaba regenerado. Bajo su imperio, la cruz no tenia sino el cadáver corrompido de un gigante, en cuyo seno fermentaba el feto informe de la barbarie; y con esos elementos se proponia la cruz reconstruir el edificio social. Mientras que duró el milagro de la conquista evangélica, las voluntades paganas, siempre subyugadas por la fuerza divina, patente entonces, no podian resistir á su influencia; y Jesucristo, elevado á los cielos, y cumpliéndose todos sus oráculos, atraia todo á sí; pero cuando cesaron los milagros, y cuando se fué calmando el ardor de la lucha para ceder el lugar á la paz del reinado, se pudo reconocer fácilmente la gravedad de la llaga del antiguo mundo, y todo el tiempo y trabajos que se necesitaban para destruir y cicatrizar en la humanidad los funestos gér-

menes que habia favorecido y acrecentado una depravada libertad. Un gran número de paganos, convertidos al cristianismo, se resfriaba en su fervor primitivo, y no tardaba en recaer en sus antiguos y habituales vicios; mientras que otros, poco afianzados en la fé, y no habiendo sido probados en el crisol de la persecucion, no hicieron mas que cambiar de nombre sin cambiar de vida. Para escusar su relajacion y desórdenes, decian ya en aquel tiempo, refiere San Juan Crisóstomo: "¿Por ventura somos nosotros monjes? ¿No tenemos hijos y mujeres que sostener?" Por esta razon San Agustin advertia á sus neófitos que entre la multitud que llenaba las iglesias materiales, veíase á los beodos, á los avaros, engañadores, jugadores y á los afectos á los espectáculos, que llevaban el nombre de cristianos. Huyendo á la soledad para evitar el aire emponzoñado de la corrupcion, San Gerónimo volvía como anatemas, sus palabras acerbadas contra Parta, la ciudad maldita. "Continúen, exclamaba el santo, visitando á sus matronas, y frecuentando los senados de mujeres! ¡Locuras del circo, furores de gladiadores, teatros, tumultos de Roma; adios!" Todos los siglos han oído á Salviano, con su lastimera voz, lamentar á su vez, las miserias de aquella triste época. "Venid, sajones, venid: mirad á esos cristianos: leen el Evangelio y están hundidos en la embriaguez; escuchan á los apóstoles, y beben hasta perder el juicio; siguen á Jesucristo y cometen robos! ¡Romanos: avergonzaos de vuestra vida! Los bárbaros son menos viciosos y mas fuertes que vosotros. La debilidad está en nuestras almas y somos vencidos por nuestros vicios!"

Salviano decia verdad: esos pueblos idólatras, enfangados en una civilizacion deletérea, eran incapaces de vivir en la atmósfera de la civilizacion escitante del cristianismo; y era necesario que la noche de la barbarie cubriese y envolviese la tierra, para que se vivificaran los antiguos elementos, á fin de que la cruz se engertase sobre el tronco de un árbol nuevo que no estuviese podrido. De todo lo que habia per-

tenecido al vasto imperio del paganismo griego-romano, Dios no conservó, para que le sirviera de testigo, como guardó y guardará á los judíos hasta el fin del mundo, sino á la ciudad de Constantinopla. Pero ni aun esa ciudad supo mantenerse en la verdadera fé; y cuando hubo desempeñado su papel providencial, las oleadas de los bárbaros, que por tanto tiempo la habian respetado, sin causa aparente, la cubrieron para apagar del todo el espíritu del paganismo.

Por no haber partido de este punto, la mayoría de los historiadores se han visto muy embarazados, para resolver el problema de la existencia milenaria del Bajo imperio en medio de todas las calamidades, que desde el principio hubieran bastado para hacerle sucumbir, sin contar con las otras causas de disolucion y de ruina que fueron amontonando los tiempos. Mr. Sismondi termina la série de sus reflexiones sobre este particular con una solucion tan avanzada, que casi hace desesperar de la filosofía de la historia. "Cuando se compara, dice, á los griegos que resisten, con los romanos que sucumben, no se encuentra en aquellos ni mas talento, ni mas virtud, ni mas poder, sino *mayor dicha*." ¹ Otros filósofos historiadores, entre los cuales se cuentan Maquiavelo y Gibbon, considerando las cosas bajo otro aspecto enteramente diverso, no han dudado en contar al cristianismo entre el número de las causas de la decadencia del imperio griego. Era preciso que tales hombres estuviesen dominados por una preocupacion injustísima para aventurar semejante opinion; porque si hay alguna cosa manifiesta es que el cristianismo ha sido la vida de los tiempos modernos, y que ha sido el principio del movimiento de la civilizacion en los países occidentales. Lejos de ser el cristianismo una de las causas de la ruina del imperio griego, fué su sosten, no debiéndose atribuir su muerte, sino al elemento pagano, del que quiso purificarse.

Por lo demas, existe una propension funesta para confun-

¹ Historia de la caída del imperio romano, cap. 9.

dir el cristianismo con las mismas cosas que vino á destruir: se le ha hecho cómplice de la corrupcion y del espíritu disputador de los griegos, y al mismo tiempo, sin advertir la contradiccion en que se incurre, se le hace cargo de todo lo odioso y bárbaro de la Edad Media. El mismo Mr. Chateaubriand, tal vez sin advertirlo, se dejó arrastrar de esa corriente. Distinguiendo, en sus *Estudios históricos*, tres edades del cristianismo, la edad *heróica*, la *monacal* y la *filosófica*, ¹ parece que atribuye al cielo lo que no es sino de la tierra, á la obra divina lo que no es sino el resultado del trabajo humano. ¿Estariamos seguros el dia de hoy de que la inquisicion filosófica no persiguiese á un segundo Galileo, si le viese á revelar al mundo moral la verdad que el primero anunció al mundo físico, á saber, que la tierra se mueve al derredor del sol? Jesucristo, sol del mundo moral, no tiene sino una sola edad, tipo de la perfeccion á que trata de conducir al mundo, segun la palabra de San Pablo, edad completa. Dios es inmutable; y si vemos que consolida las aguas en el invierno, y determina la germinacion de la Primavera; si tiempla los calores del Estío y sazona los frutos del Otoño, guardémonos de confundir con esas faces sucesivas, fenómenos puramente terrestres, la gloria de su inefable inmutabilidad.

A este fin, sin duda, escribió el ilustre autor sus *Estudios históricos*, que desgraciadamente se resienten en muchos lugares, arrastrado por la fuerza de la lógica, juicios inexactos deducidos del principio falso de que hemos hablado. Mr. Chateaubriand distingue tres especies de verdades: la *religiosa*, la *política* y la *filosófica*; verdades, dice, que se combaten sin destruíse nunca. ² Entendemos, que hubiera sido menos sistemático y mas justo, reconocer simplemente el antiguo principio, de que la verdad es una, y que jamas pugna consigo misma, ni sostiene otra guerra que contra el error; y de es-

¹ Estudios históricos, tomo II, pág. 87.

² Idem, idem, tomo I, pág. 130.

ta suerte se comprende, cómo siendo la verdad revelada, la sola verdad moral absoluta y aplicable á todos los tiempos, lugares y circunstancias, si la filosofía ó la política no se conforman con ella, y no la consultan la ratificación de sus sistemas ó instituciones, veránse obligadas á caminar á la ventura en el océano borrascoso de la falsedad y de la duda. Entre la política y la filosofía por una parte, y la religion por la otra, no existe ninguna relacion de paridad; existe solo una relacion de subordinacion de aquella á ésta, sin que sea necesario decir, que el hombre es igual á Dios, ó que el pensamiento creado sea igual al pensamiento increado.

Si nosotros insistimos en fijar la separacion entre el cristianismo y las modificaciones que ha sufrido desde su principio, es por evitar el peligro grande que hay de confundir la marcha del cristianismo con el movimiento humano: hay un gran riesgo de considerar solidariamente la institucion divina con las debilidades y los vicios que combate, y aun atrevérselos á reprochar como si fueran su obra. Por esto, repetiremos á todas horas, que no siendo ese período de mil años, conocido por la Edad Media, el bello ideal del cristianismo, no hay título para deducir como consecuencia, el que la ambicion del poder, el orgullo de la soberanía y la ambicion de oprimir; la ignorancia y la corrupcion, la barbarie y el despotismo, sean asimismo la edad de oro de la humanidad cristiana, cuando todas aquellas aberraciones solo fueron las desgracias inevitables de una sociedad que nacia de en medio de mil ruinas. Pero lo dicho aun no es toda la verdad. Lejos de haber sido la Edad Media la edad de oro del cristianismo, no fué sino el doloroso alumbramiento de la civilizacion cristiana, que crucificaba al hombre viejo para hacerlo salir renovado de las tinieblas del sepulcro. La cruz, sin embargo, reinó en la Edad Media; pero como se reina en un pais recientemente conquistado, es decir, manteniéndose en pié de defensa: y así era necesario que fuese, encontrando

la razon de ello, en los mismos ataques, que los enemigos, vencidos, pero no anonadados, le dirigieron.

Despues de mas de cuatro mil años que habia cedido Adam á los consejos de Satanás, el hombre se habia habituado á una triple independendencia: la independendencia del corazon, la del espíritu y la de la voluntad, que no reconocia ni freno, ni regla, ni autoridad. Esa independendencia, cuyo hábito habia constituido una segunda naturaleza, estaba de tal modo inveterada, que despues de diez y ocho siglos de luchas todavía se muestra llena de vigor: era tan seductora, que el hombre, por su desgracia no cesa de suspirarla y de disputársela á la cruz: y sin embargo, esa misma independendencia no es sino aparente, porque se reduce infaliblemente á una triple esclavitud: la esclavitud de las pasiones, la de la ignorancia y del sofisma, y la del poder material, únicas que saben aprovecharse verdaderamente de la independendencia humana, declarándose sus partidarias, y aprestándose siempre á combatir por su restauracion. Pero la lucha toma un carácter diferente, segun que unas veces es dirigido ó por la civilizacion enervada, ó por la grosera barbarie del antiguo mundo.

A la moral austera de la cruz, oponian los civilizados el egoismo innoble, los viles instintos de una naturaleza depravada y los goces torpes de la corrupcion. Constantinopla continuó y acrecentó todos los motivos de decadencia de los romanos: los desórdenes y crueldades de los circos, los refinamientos del placer, los excesos de las orgías, la molicie, el desenfrenado lujo, y toda aquella corrupcion exquisita, perfumada y gastada, que adormece al hombre en una vergonzosa decrepitud, y le despierta en el embrutecimiento salvaje.

Los bárbaros, por su parte, feroces é indisciplinados, acostumbrados á satisfacer sus brutales apetitos y sus audaces caprichos, y á vivir segun la voluntad de su carácter voluble y arrebatado, no reconocian otra fuerza que la material, y se rebelaban contra la ley que venia á contrariar su voluntad y á sujetar sus acciones á la inflexibilidad de una regla

absoluta y que exigía de ellos la práctica de virtudes difíciles, de las cuales no podían conocer la sublimidad ni su importancia. En la historia de los bárbaros, ¿qué se encuentra sino escenas de violencia, de rapiña, de crueldad y de embriaguez? La poligamia, el adulterio y el desenfreno de las costumbres corría parejas con el salteamiento y la matanza; el orgullo, la ambición, la envidia y la lujuria no se saciaban sino con sangre. Aquellos mismos, á quienes su santa misión comprometía á guiar á los pueblos en el camino del bien, los sucesores de los apóstoles y de los discípulos, escogidos entre aquellos hombres, que hacia poco habían salido de los bosques, compraban ó usurpaban las funciones sagradas, dando en abundancia el mal ejemplo de todos sus vicios; y la cruz tuvo que defenderse contra sus mismos defensores.

De la misma manera que las pasiones del corazón sacudían el yugo de la moral, los errores del espíritu se rebelaban contra las pretensiones del dogma. Por un lado las sutilezas de la ciencia lo minaban, disolvían ó lo anonadaban bajo el pretexto de purificarlo; y por otro, la superstición y la ignorancia lo desfiguraban, desnaturalizaban y ahogaban; y al paso que el dogma era santo y sublime, en poder de aquellos hombres se convertía en grotesco, absurdo y ridículo. En suma, el poder material, astuto perseguidor entre los griegos y opresor brutal entre los bárbaros, disputaba el imperio de la autoridad moral á la cruz.

Hoy todavía se reconcentra la lucha al derredor de esos dos principales gefes, esto es, el espíritu filosófico y el poder material; el uno representante de la civilización, y el otro de la barbarie; y ambos, cada cual en su campo dirigen y sostienen el ataque contra el nuevo y glorioso trono.

Desde que la filosofía idólatra, un instante resucitada por el emperador Juliano, acabó de desaparecer, el espíritu filosófico abandonó su cadáver, y volviendo sobre sus pasos, se replegó en la herejía: aquí recobra su infatigable vigor y prepara nuevas maquinaciones para vengar su derrota: mí-

rasele, pues, sin descanso escarbar los misterios hasta en sus profundidades para traerlos al terreno de la razón, y atacar separadamente todos los puntos de la doctrina revelada para someterlos á su exámen, constituyéndose en juez, como si se tratara de un sistema cualquiera. Por todas partes pululan las herejías. Después de los arrianos, aparecieron sucesivamente los macedonianos, los donatistas, los pelagianos, los semipelagianos, los nestorianos, los eutiquistas, los monoteístas, los iconoclastas y otro gran número de sectarios de segundo orden. Los unos atacaron la divinidad del Espíritu Santo, la jurisdicción de la Iglesia, el pecado original y la gracia; los otros la unión hipostática del Verbo con la naturaleza humana y muchas de las consecuencias de esa unión, combatiendo la doble naturaleza de Jesucristo y sus dos voluntades, así como la maternidad de María. Los iconoclastas, como su mismo nombre lo indica, destrozaban bárbaramente las imágenes de los santos, bajo el pretexto de que su culto era idolátrico. La moral y la disciplina no estaban más á cubierto que el dogma. La rabia de la discusión se apoderó de esos griegos decrepitos. Legos ó monjes, presbíteros, obispos y emperadores se empeñaban en disputas interminables que frecuentemente terminaban en motines por parte del pueblo, y por la de los emperadores en persecuciones contra los ortodoxos. Los restos del fermento de la malicia y del sofisma agriaron los ázimos de la sinceridad y de la verdad.

Pero la Iglesia, siempre vigilante, cegaba con la autoridad absoluta de sus decisiones, los vanos razonamientos, desconcertando los artificios del espíritu filosófico. Por molesta que fuese esa autoridad, aun no se contestaba su principio, y se echaba mano de otro expediente. Reconocieron el principio de autoridad, pero advirtieron que podía aplicarse á una autoridad ilegítima, desprovista de promesas, sujeta al error, y que para disimular su usurpación, transigiría voluntariamente con las exigencias de la herejía. Esto fué todo. En el siglo sexto, Juan el ayunador, obispo de Constantinopla, hizo